festin. Un gato de una vecina, que entró por la ventana que habia quedado abierta, estuvo toda la noche royendo los huesos del capon, y acompañando con el ligero ruido de sus finos dientes el pesado y angustioso sueño de los Coupeau.

The state of the s

to educate the control of the land of the control o

jor dia pero en uquella hora y en el momento de di

El sábado siguiente, Coupeau, que no habia comido en su casa, volvió á la tienda á eso de las diez de la noche en compañía de Lantier. Habian comido juntos piés de carnero en casa de Tomás, en Montmartre.

—No hay que reñirme, querida burguesa, dijo el plomero. Ya vez que vengo séreno..... ¡Oh! ¡yendo con él no hay peligro!.... Que quieras que no quieras, le hace à uno entrar por vereda.

Contóle que se habian encontrado en la calle de Rochechouart. Despues de comer, Lantier no habia querido entrar á tomar algo en el café de la Bola Negra, diciendo que cuando se tenia, como le sucedia à Coupeau, una muger bonita y honrada, no era cosa de arrastrarse por todos los burdeles. Gervasia le oia con cierta sonrisa; en lo que en menos pensaba era en reñirle, pues se sentia un tanto cortada. Desde el dia de la fiesta estaba esperando ver á su antiguo amante el mejor dia, pero en aquella hora y en el momento de ir á acostarse, habíala sorprendido mucho la brusca llegada de los dos hombres, y con las manos temblorosas anudaba nuevamente el moño, que ya tenia suelto al rededor del cuello.

—Puesto que el ha tenido la delicadeza de no aceptar fuera un convite, añadiò Coupeau, tú debes convidarnos..... ¿no es verdad?

Las oficialas se habian marchado hacia largo rato-Mamá Coupeau y Nana acababan de acostarse. Gervasia dejò, pues, la tienda abierta, y colocó en un extremo de la mesa de labor unos vasos y una botella con algun cogñac. Lantier permanecia de pié y evitaba el dirigirle directamente la palabra. Sin embargo, cuando le sirvió, le dijo con la mayor galantería:

—¡Señora, tenga vd. la amabilidad de gustar siquiera una gotal

Coupeau los miró un instante y les dijo con el mayor desenfado.

—¡Ea! ¡fuera cumplimientos y mogigaterías! Lo pasado pasado! ¡Pues no faltaba más!.....

—¡Si se fuera á guardar rencor al cabo de díez ó doce años, seria cosa de no poder vivir! ¡No, pardiez! ¡Yo tengo el corazon en la mano!..... Ademas, aquí se trata de dos amigos y de dos personas honradas y decentes; por consiguiente, estoy tranquilo.

-¡Oh! ¡puedes estarlo!.... ¡puedes estarlo!....

repetia Gervasia bajando los ojos y sin saber lo que decia.

-¡Ahora es para mí una hermana y nada mas que una hermana! murmuró Lantier à su vez.

—¡Vamos! ¡dénse ustedes las manos!¡Vive Dios! gritó Coupeau, y no hagamos caso de los burgueses! Yo pongo la amistad por encima de todo, porque la amistad es la amistad y no hay nada sobre ella!

A todo eso dábanse tan grandes puñetazos en el estómago, que debieron de agotar su elocuencia. Todos tres brindaron y bebieron en silencio. Gervasia pudo entònces contemplar à su sabor á Lantier, porque la noche de la fiesta no pudo hacerse cargo de èl. Habia engruesado bastante, y à consecuencia de ello parecia mas bajo y se notaba mas pesadez en sus movimientos. Sin embargo, su rostro no habia perdido sus rasgos agradables que le caracterizaban, y como seguia cuidando con particular esmero su diminuto bigote, casi no representaba la edad que tenia. Aquel dia llevaba un pantalon gris, un paletot azul y un sombrero redondo, como un burgués acomodado; hasta llevaba reloj con cadena de plata, de lá que pendia una sortija, que debia ser un recuerdo.

Me voy ya, dijo, porque vivo en los quintos infiernos.

Aun no habia puesto el piè en la calle cuando el plomero le llamó para hacerle prometer que volveria á hacerles una visita. Entre tanto, Gervasia, que acababa de desaparecer sin ser notada, volvió trayendo por delante á Estéban, en mangas de camisa y medio dormi-

do. El niño sonreia frotándose los ojos, pero cuando vió à Lantier, empezo á temblar, pasando su mirada inquieta de su madre á Coupeau.

—¿No conoces à este señor? le preguntó éste ùltimo. El niño bajó la cabeza sin responder. Despues hizo un ligero signo afirmativo.

-Pues bien, no seas animal y dále un beso!

Lantier esperaba grave y tranquilo. Cuando Estéban se decidió á acercarse á èl, se inclinó, le presentó las megillas y depositó á su vez un fuerte y sonoro beso en la frente del muchacho. Este se atreviò entónces á mirar á su padre.

Pero de pronto prorumpió en sollozos y hulló á la otra habitacion como un loco, recibiendo un regaño de Coupeau que le trató de salvaje.

-Es la emocion, dijo Gervasia, pálida y conmovida-

—¡Oh! es generalmente muy obediente y amable, decia Coupeau. Yo le he educado al pelo.... y si no ya verá vd. como se acostumbra á verle y tratarle.... Es preciso que conozca á las gentes.... Aun cuando solo fuera por ese pequeño, debiamos hacer las paces, ¿no es verdad? Primero me dejaria cortar el cuello que impedir á un padre ver à su hijo.

Empeñose al fin en que se acabase la botella de cogñac, y los tres bebieron de nuevo. Lantier manifestaba una calma admirable; ántes de irse, y para corresponder á la obsequiosidad del plomero se empeñó en ayudarle á colocar los tableros y á cerrar la tienda y al despedirse dijo al matrimonio: —Que pasen vds. muy buena noche. Voy à ver si puedo coger el ómnibus, y prometo á vds. que volverè por aquí.

A partir de aquella noche, Lantier se presentó varias veces en la calle de la Gota de Oro. Generalmente iba cuando el plomero estaba allí, y desde la puerta preguntaba por èl como si únicamenre fuese à verle. Despues se sentaba junto al aparador, siempre con su paletot y muy afeitado y peinado, y hablaba cortésmente y con las maneras de un hombre instruido. De este modo se enteraron poco á poco, los Coupeau de los detalles de su vida. Durante los ocho años últimos habia dirigido por algun tiempo una fábrica de sombreros, y cuando le preguntaban que por qué se habia retirado, echaba la culpa á su sócio, un bribon y un canalla que habia devorado la fábrica en mugeres y francachelas. Pero su antiguo título y carácter de patron y amo, habia quedado siempre en su persona como una especie de nobleza á la que no podia faltar, descendiendo de tal categoria. Siempre decia que estaba á punto de terminar un negocio soberbio, pues grandes fábricas da sombrerería le iban à establecer confiándole considerables intereses. Miéntras tanto, no hacia mas que pasearse al sol con las manos en los bolsillos. Cuando se quejaba de su inaccion, si por casualidad se le indicaba una fábrica donde necesitaban operarios, sonreia con aire de piedad y decia que no tenia ganas de morirse de hambre y de romperse el bautismo trabajando para otro. Coupeau admiraba su arreglo y manera de vivir, y decia que él habia de traer entre manos algun manejo, pues siempre iba muy bien portado, y para ello se

necesitaba bastante dinero. La verdad era que Lantier muy hablador, cuando se trataba de los demas, callaba ó mentia cuando le preguntaban por sus asuntos. Ni aun queria decir à dónde vivia. Siempre decia que mientras encontraba una casa buena, paraba en casa de un amigo, allá donde Cristo dió las tres voces.

Empezaba, á la sazon, el mes de Noviembre, y Lantier llevó galantemente ramitos de violeta que regaló á Gervasia y á sus oficialas. Poco á poco fué multiplicando sus visitas, hasta el punto de hacerlas diarias. Parecia como que queria conquistar la casa, y la calle toda, empezando por seducir á Clemencia y á la señora Putois, á las que, sin distincion de edad, hacia objeto de las mayores atenciones. Los Boche, á los que saludaba siempre atento y cariñoso al cruzar por delante de la portería, se estaciaban ante tanta cortesía y finura. En cuanto á los Lorilleux, cuando se enteraron de quién era aquel individuo que habia caido en la tienda como llovido del cielo la noche de la fiesta, dijeron mil pestes de Gervasia, que con tan poca vergüenza se atrevia á admitir en su casa á su antiguo amante. Pero un dia Lantier subiò á encargarles una cadena para una señora amiga suya, y se expresó de tal modo, que le obligaron à que se sentase, y estuvieron una hora oyèndole con la boca abierta; hasta llegaron á preguntarse cómo un hombre tan distinguido habia podido vivir con la coja. En fin, las visitas del sombrerero á casa de Coupeau, á nadie llamaban la atencion, y hasta parecian la cosa mas natural del mundo; de tal modo habia conseguido atraerse las simpatías de toda la vecindad. Solo Gouget no habia hecho migas con èl, como vulgarmente se dice. Si alguna vez estaba en la tienda cuando Lantier entraba, tomaba á escape la puerta para no verse precisado à saludarle.

En medio de aquella casi general explosion de ternura y simpatías en favor de Lantier, Gervasia sintió una gran turbacion las primeras semanas. Tenia gran temor de no sentirse con fuerzas para resistir si por casualidad la sorprendia sola alguna noche y pensaba demasiado en él; pero poco á poco fué recobrando la calma al verle tan considerado, que ni aun casi se atrevia á mirarla cara á cara, ni à tocarle con la punta del dedo cuando los demas estaban vueltos de espaldas. Ademas, Virginia que parecia leer en su pensamiento le hacia avergonzarse de sus temores. ¿Por qué tenia que temblar? Y la costurera se diò tal maña un dia, que consiguió que Lantier y Gervasia travasen conversacion en un rincon apartado, y que ésta recayese sobre el sentimiento. El sombrerero declaró con gravedad, y escogiendo las palabras, que su corazon estaba muerto y que en adelante queria consagrarse unicamente à la felicidad de su hijo. No hablaba nunca de Claudio que seguia siempre en el Mediodia. Todas las noches besaba à Estéban, pero si el muchacho no se retiraba, no sabia qué decirle y se olvidaba de èl para decir chicoleos à Clemencia. Gervasia, ya tranquilizada, sentia morir su pasado. La presencia de Lantier iba borrando sus recuerdos de Plassant y del hotel Boncoeur. Hasta sentia cierta repugnancia al pensar en sus antiguas relaciones. Aquello habia acabado por completo. Si Lantier se atrevia algun dia á recordárselo, le daria un par de bofetones ó lo pondria en conocimiento de su mariTHE CHECK!

do. Y nuevamente pensó sin remordimiento, y hasta con cierto tranquilo deleite, en el cariño de Gouget.

Al entrar una mañana en el taller, Clemencia contò que la noche anterior, á eso de las once, habia encontrado á Lantier llevando del brazo una muger. Esto lo referia valiéndose de términos groseros y con marcada malicia, para observar la cara que ponia la patrona. Los dos subian por la calle de Nuestra Señora de Loreto; la muger era rubia, una de esas perdidas del boulevard que arrastran vestido de seda, aunque debajo no llevan camisa. Ella los habia seguido por burlarse de ellos. La rubia habia entrado en una tienda de embutidos á comprar jamon. Despues, y ya en la calle de la Rochefoucauld, Lantier se quedó parado en la acera esperando à que su conquista, que habia subido sola, le hiciese señas desde la ventana. Por mas que Clemencia agregò mil súcios comentarios, Gervasia siguió repasando la ropa como si tal cosa. De cuando en cuando la relacion de la oficiala le arrancaba alguna sonrisa. Por la noche, cuando llegó el sombrerero, se divirtió mucho con las bromas que Clemencia dió á Lantier acerca de la rubia. El parecia como que se alegraba de haber sido visto. Dijo que era una antigua amiga á la que visitaba de cuando en cuando si no habia obstáculos de por medio; era una muchacha muy chic y tenia una habitacion muy bien amueblada; entre el número de los amantes que habia tenido, citaba á un vizconde, à un gran almacenista de porcelanas y al hijo de un notario. A él le gustaban las mugeres que gastan perfumes, y diciendo esto, pasó el pañnelo, que le habia perfumado su amiga, por la nariz de Clemencia, á tiempo que entró Estéban. Entónces recobrô su aire de gravedad, besó al niño, y añadió que la visita no habia tenido consecuencias, y que su corazon estaba muerto. Gervasia, inclinada sobre su labor, hizo un signo de aprobacion. Entónces fué Clemencia la que llevó el castigo de su mala intencion, pues habia sentido à Lantier pellizcarla dos ó tres veces y reventaba de celos y envidia por no poder oler à almizcle como la perdida del boulevard.

Cuando volviò la primavera, Lantier que casi formaba ya parte de la casa, habló de irse á vivir à la calle de la Gota de Oro, à fin de estar mas cerca de sus amigos. Queria una habitacion amueblada en una casa limpia. La Sra. Boche y la misma Gervasia hicieron imposibles para buscarle una apropósito, pero era muy difícil, porque él queria que hubiese en la casa un patio grande, que el cuarto estuviese en el piso bajo y otra porcion de comodidades. Entre tanto, todas las noches medía la altura de los techos en casa de Coupeau, y estudiaba la distribucion de las piezas, diciendo que aquella era la mejor habitacion de la calle y que él seria muy feliz si encontrase una igual.

Un dia que habia comido allí, como á los postres repitiese la misma observacion, Coupeau, que ya habia empezado à tutearle, le dijo bruscamente;

—¡Si quieres quedarte á vivir con nosotros!......
¡No hay mas que hablar!..... Todo se arreglará. La habitacion de la ropa súcia, limpiándola será una bonita habitacion para vivir. Quiere decir, que á Estéban se le tenderá un colchon en la tienda y allí dormirá.

No, no, dijo Lantier, yo no puedo aceptar, porque seria demasiada molestia para vds. Sè que me lo ofre-

cen de buena voluntad, pero vamos á estar como sardinas en canasta... ademas, cada uno estima su libertad. A veces tendria que pasar por vuestro dormitorio y eso no me parece bien.

...¡Qué animal eres! contestó Coupeau, ahogándose de risa y dando un puñetazo sobre la mesa.....¡No dices mas que tonterías! ¿Dónde tienes el cacúmen? ¿Dí, no hay dos ventanas en la habitacion?....¡Pues bien! Se echa una abajo y se hace una puerta. De ese modo puedes entrar por el patio, nosotros cerraremos esta otra si nos acomoda, y cada uno està en su casa.

Reinó un momento de silencio, y el sombrerero murmuró:

THE POLICY C

—De esa manera, no digo que no.... Sin embargo, aùn así creo que seria una carga para vds.

Diciendo esto no se atrevia à mirar à Gergasia, pero evidentemente solo esperaba una palabra suya para aceptar. Esta se sentia muy contrariada con la idea de su marido, no por que la inquietase ni ofendiese en lo mas mínimo el pensamiento de que Lantier iba á vivir bajo su mismo techo, sino porque no sabia dònde iba á poner entónces la ropa súcia. Sin embargo, el plomero hacia resaltar las ventajas de aquel arreglo. El alquiler de quinientos francos les habia parecido siempre caro; mediante la combinacion, el sombrerero pagaria veinte francos al mes por la habitación amueblada, lo cual para él no era mucho y à ellos les serviria de ayuda para pagar la mensualidad. Añadió que él se encargaba de buscar y de colocar bajo la cama una caja grande donde se podrià meter la ropa súcia de todo el barrio. Entónces Gervasia vaciló y pareció consultar con una mirada à mamá Coupeau, á quien Lantier habia conquistado de antemano trayéndole pastillas de goma para la tos.

—Tengo la seguridad de que no nos molestará vd. dijo al fin; habria medio de arreglar.....

—No, no, gracias, dijo el sombrerero; eso seria abusar de la bondad de vds.

Coupeau no se pudo contener mas. ¿Acaso iba à andar todavía con remilgos?..... No habia que hablar mas del asunto. Despues gritó con voz estentórea:

-¡Estéban! ¡Estéban!

El muchacho se habia quedado dormido sobre la mesa y alzó la cabeza sobresaltado.

—¡Oye! dile á este señor, pero muy fuerte, ¡yo lo quiero!

-¡Yo lo quiero! tartamudeô Estéban, medio dormido aún.

Todo el mundo se echó á reir, pero Lantier recobró en seguida su aire de gravedad y estrechó la mano à Coupeau por encima de la mesa, diciendo.

—Acepto; no solo por la buena amistad conque se me ofrece, sino tambien por el niño.

Al dia siguiente. el propietario Mr. Marescot, estuvo un rato en la portería y Gervasia le habló del particular. Al principio no se mostró tan propicio y afable, pero despues que hubo examinado el sitio én que habria de abrirse la puerta, y visto que los pisos superiores no sufrian con la reforma, accedió á condicion de no tener que abonar ningun gasto, y firmando los Coupeau un papel, por el que se obligaban á restablecer las cosas en su estado primero al abandonar la casa. Aque-

lla misma noche el plomero busco à tres amigos, un carpintero, un albañil y un pintor, todos ellos buenos muchachos, que arreglaron aquella bicoca en un dia. Con eso y con todo, el poner la puerta, blanquear y arreglar la habitacion y demas, importó unos cien francos, sin contar los cuartillos de vino conque durante la obra les obsequiô Coupeau. Este les prometió pagarles con el primer dinero que le entregase el nuevo inquilino. Despues se procedió á amueblar la habitacion: Gervasia dejó en ella el armario de mamá Coupeau agregando ademas una mesa y dos sillas, tuvieron que comprar tambien una mesita de tocador y una cama con juego completo de sàbanas, colchones, etc., etc., totàl, unos ciento treinta francos que Gervasia debia pagar á razon de diez francos al mes. Si durante diez meses los veinte francos de Lantier se gastaban en pagar las deudas contraidas, mas tarde empezarian á obtener nn regular beneficio.

La instalacion se llevó á cabo en los primeros dias de Junio. Coupeau se ofreció la noche antes á ir con él y traer la maleta para ahorrarle lo que pudiera costar un mozo de cuerda ó un coche, pero el sombrerero se excusó diciendo que pesaba mucho, aunque en realidad era porque no queria decir donde vivia. Llegó en un coche á eso de las tres de la tarde, hora en que no estaba en casa Coupeau, y Gervasia, que se habia asomado à la puerta, se quedó palida como una muerta al reconocer la maleta. Era la misma que habian traido de Plassant, aunque bastante deteriorada ya. Veíale volver en un carruaje tal como se lo habia imaginado mil

veces cuando Lantier huyó con Adela. Boche ayudó al sombrerero á bajarla y colocarla, y Gervasia los siguió con la vista muda y aturdida. Cuando la hubieron colocado en medio de la habitación, se repuso un tanto y dijo dirigiéndose al portero:

—Señor Boche, venga vd. á echar un trago, y fué por una botella y dos vasos, á tiempo que Poisson pasaba de uniforme por la acera. Hízole una ligera seña que el agente comprendió perfectamente. Cuando estaba de servicio y Gervasia le hacia la referida seña equivalia á ofrecerle un vaso de vino. A veces se estaba paseando horas enteras delante del taller de la planchadora esperando que ésta le hiciese la seña. Cuando esto ocurria pasaba por el patio y se echaba el vaso al coleto sin que nadie le viese.

—¡Hola! dijo Lantier al verle entrar; ¡pues si es el amigo Badingue!

Llamábale así para burlarse del emperador. Poisson aceptaba el mote con su acostumbrada indiferencia, sin que se pudiese traslucir si le disgutaba ó no. Aquellos dos hombres, aunque separados por sus convicciones políticas, se habian hecho muy amigos.

—Ya sabe vd. que el emperador fué agente de órden público en Lóndres, dijo á su vez Boche; puede usted creerlo bajo mi palabra.

Gervasia, entre tanto, habia llenado tres vasos y colocádolos sobre la mesa. Ella no queria beber, y seguia mirando á Lantier desatar la maleta, ansiando ver lo que contenia. Acordábase de que cuando el sombrerero desapareció de su casa, habia en el fondo de la referida maleta una porcion de calcetines súcios, dos camisas no muy limpias y un sombrero viejo. ¿Estariau aún allí todas aquellas andrajosas reliquias del pasado? Lantier antes de alzar la tapa, cogió su vaso y dijo:

-A la salud de vds.

PIBLIOTECA U

—A la vuestra, respondieron Boche y Poisson. La planchadora llenó de nuevo los vasos. Los tres hombres se limpiaron la boca con el revés de la mano. Al fin el sombrerero abrió la maleta. Estaba llena de periódicos, libros, bultos de ropa blanca y vestidos viejos, todo confusamente revuelto. Sucesivamente fué sacando una cacerola, un par de botas, un busto de Ledu Rollin con la nariz rota, una camisa con la pechera bordada y un pantalon de trabajo. Gervasia, que se habia inclinado para ver mejor, sentia subir del fondo un olor de tabaco y de hombre poco aseado, que no cuida mas que lo que ve la suegra, como vulgarmente se dice. Ya no estaban allí ni el sombrero viejo ni los calcetines; entónces se calmò y experimentò una vaga tristeza, al paso que seguia examinando los objetos.

—Oiga vd. Bandingue, ¿no conoce vd. esto? preguntó Lantier à Poisson poniéndole delante de las narices un librito impreso en Bruselas: "Los amores de Napoleon III," adornados con grabados. Referíase en èl, entre otras anécdotas, cómo el emperador habia seducido á la hija de un cocinero, muchacha de unos trece años, y la lámina representaba á Napoleon III en camisa, con el gran cordon de la Legion de Honor al cuello persiguíendo á la niña, que procuraba burlar su lujuria.

Poisson quedó mudo y consternado y no encontraba palabras para defender al emperador. Como aquello estaba impreso no podia decir que no. Pero como Lantier siguiese metiéndole la estampa por los ojos con aire burlon, le dijo encogiéndose de hombres:

Despues de todo, ¿qué tiene eso de particular? ¿Acaso no es eso propio de hombres?

Esta respuesta hizo cerrar el pico á Lantier, que siguiò colocando sus libros y periòdicos en una de las tablas del armario, y echando de menos un estantito para libros à fin de colocarlo sobre la mesa; Gervasia prometió procuràrselo. Tenia la "Historia de los diez años, de Luis Blanc, excepto el primer tomo; "Los Girondinos," de Lamartine, en entregas; "Los Misterios de Paris y "El Judio errante," de Eugenio Sue, sin contar una multitud de folletos filosóficos y humanitarios. Pero lo que él mas consideraba y tenia en mas estima era la coleccion de periódicos. Cuando leia en el café un artículo escrito con arreglo á sus ideas, compraba el periódico y lo guardaba, de modo que tenia un paquete enorme de diarios de todas las fechas y de todos los titulos. Cuando sacó el paquete del fondo de la maleta, dió encima unas palmaditas con aire complaciente diciendo á los otros:

— ¿Ven vds, esto? pues no hay nadie que pueda lisonjearse de tener una cosa mas exquisita..... Ustedes no pueden imaginarse lo que hay dentro. Si se pusiesen en práctica siquiera la mitad de estas ideas quedaria limpia la sociedad. ¡Vaya un paso que llevaria vuestro emperador y todos los bribones que le rodean.... El agente de órden público le interrumpió lleno de indignacion y le preguntó atusándose los bigotes:

-¿Y el ejército? ¿Qué harian VV, con él?

Entónces Lantier se exaltó, y dando un puñetazo sobre la mesa, gritó:

—Quiero la supresion del militarismo, la fraternidad de los pueblos..... Quiero la abolicion de los privilegios, de los títulos y monopolios..... la igualdad de salarios, la reparticion de beneficios, la glorificacion del proletariado; en fin, todas las libertades, ¿lo ois bien?..... todas.... y el divorcio.

-Sí, sí, el divorcio en beneficio de la moral, añadiò Boche.

Poisson, tomando una actitud magestuosa, respondió:

— Sin embargo, yo no quiero vuestras libertades, porque tengo libertades suficientes.

—¿Qué no las quiere vd?..... tartamudeó Lantier ahogándose de indignacion, En ese caso le mandaremos a Cayena con el emperador y con todos los pillos de su cuadrilla.

Gervasia que no era amiga de disputas, saliendo de la especie de alucinacion en que la habia sumergido la vista de la maleta, mostró a los tres hombres los vasos llenos de vino.

—Es verdad, dijo Lantier sùbitamente calmado tomando su vaso. A la salud de Vds.

-A la suya, respondieron Boche y Poisson.

Boche, que miraba con cierta inquietud al agente de órden pùblico le dijo:

—Supongo, Sr. Poisson, que esto quedará entre nosotros, ¿no es verdad? Digo esto porque como les obligan à vds....

Poisson no le dejó acabar y se puso la mano sobre el corazon indicando que todo quedaba encerrado allì. En esto llegó Coupeau y se gastó otra botella. Despues el agente de òrden público se marchó por el patio con su aire tieso y severo y continuó sus interrumpidos paseos.

Al principio todo fué bien en casa de la planchadora. Lantier tenia su habitacion, su puerta y su llave, pero como por último se habia decidido no condenar la puerta de comunicacion, sucedia con frecuencia que pasaba por la tienda. La ropa súcia molestaba mucho à Gervasia, porque su marido no se habia vuelto á ocupar de la caja que habia dicho, y se veia obligada á colocarla. en todos los rincones, y principalmente bajo su cama, lo cual no era nada agradable en las noches de verano. Por ùltimo, le fastidiaba mucho hacer la cama á Estéban en la tienda, pues cuando las oficialas velaban tenia que esperar el chico dormido en las sillas. Así fué, que habièndole hablado Gouget de enviar à Estéban á Lille, donde su antiguo patron, que era mecánico, deseaba tomar aprendices, acogió con júbilo la idea, tanto mas cuanto que el muchacho no era muy feliz en su casa y deseaba campear por sus respetos, le suplicaba que consintiese. Unicamente temia una negativa, por parte de Lantier, pues habia ido à vivir con ellos solo por estar al lado de su hijo, y no era cosa que fuese á consentir en separarse de él á los quince dias de su instalacion. Sin embargo, cuando le propuso temblando la idea, él la aprobó calurosamente diciendo que los jóvenes obreros tienen necesidad de viajar y conocer tierras, La mañana en que Estéban partió, le pronunció un discurso sobre sus derechos, despues le besó y le dijo con campanudo acento:

—Acuérdate de que el productor no es un esclavo, pero ten presente tambien que el que no es productor es un canalla.

Con la partida del niño, la casa recobró su marcha regular. Gervasia se fué acostumbrando á ver la ropa súcia por todas partes, y à las entradas y salidas de Lantier. Este seguia hablando de sus grandes proyectos; á veces salia bien peinado y con su camisa limpia, y pasaba la noche fuera; despues volvia con aire de cansancio y fatiga, quejándose de dolor de cabeza, como si hubiera estado durante veinticuatro horas seguidas discutiendo los mas graves asuntos y problemas. La verdad es que se daba á la gran vida. ¡No habia miedo de que criase callos en las manos! Levantabase á las diez, daba un paseito si el tiempo estaba bueno, y si no se quedaba en la tienda ó leia su periódico. El taller era su centro y solo se hallaba á gusto entre faldas; gustábanle las palabras y frases obscenas de Clemencia, y la instigaba á que las dijese; empleando él siempre, sin embargo, un lenguaje escogido. El olor del taller le embriagaba; aquel era su soñado, y largo tiempo buscado retiro de pereza y deleite.

Los primeros dias, Lantier comia en la taberna de Francisco, en la esquina de la calle de Poissonniers; pero de los siete dias de la semana, cuatro se quedaba à comer con los Coupeau, hasta que por último se ajustó con ellos para comer mediante el abono de 15 francos cada sàbado. A partir de este dia, tomó, por decirlo así, verdaderamente posesion de la casa. Todo el dia estaba en mangas de camisa, yendo desde la tienda á su habitación, y de ésta à la cocina, dando órdenes y alzando, como quien dice, el gallo; á veces recibia y contestaba á los parroquianos. Como el vino de Francisco le desagradaba, hizo que Gervasia lo tomase en casa de Vigoureux, el carbonero de al lado, pues cuando iba á la carbonería á encargarlo en compañía de Boche, le gustaba tirar pellizcos á la carbonera. Despues la tomò con el pan, diciendo que estaba mal cocido, y consiguió que Gervasia lo tomase en la panadería de Viena de Meyer en el Faubourg Poissonniere. El unico abastecedor que mereció gracia de él, fué el carnicero Cárlos, á causa de sus opiniones políticas. Al cabo de un mes se empeñó en que se emplease el aceite en la cocina en vez de la manteca, lo cual hacia decir á Clemencia en son de broma, que aquellos condenados Provenzales no se podian quitar de encima la mancha de aceite. El mismo se hacia las chuletas dejándolas tan tostadas por los dos lados, que parecian galletas. Siempre andaba tras de mamá Coupeau, exigiendo que los biftecks estuviesen duros como zuelas de zapato, y que en todo se echase ajo. Pero su plato favorito era una especie de sopa de fideos hechos con agua y con aceite en abundancia. Solo la comian él y Gervasia, porque los demas, una vez que intentaron probarla, por poco echan las tripas.

Poco á poco fué Lantier metiéndose en los asuntos de la familia. Como los Lorilleux, refunfuñaban siempre al dar los diez francos de mamá Coupeau, indicó que se les podia citar á juicio. El mismo subia siempre por el referido dinero, con aire tan atrevido y tan amable, que la Sra. Lorilleux no se atrevia á negarlos. Tambien la Sra, Lerat daba sus diez francos correspondientes. Mamá Coupeau adoraba á Lantier, pues ademas de lo que dejamos dicho, servia siempre de árbitro en sus riñas con Gervasia. Cuando la planchadora llena de impaciencia empezaba á regañar á su suegra, y ésta se iba á su cama á llorar, él las obligaba á besarse y á hacer las paces, diciéndoles si pensaban divertir á todo el mundo con sus reyertas. Lo mismo sucedia respecto á Nana, á la que estaban dando muy mala educacion segun él creia. En esto tenia razon, porque cuando Coupeau pegaba á la niña, la madre sacaba la cara por ella, y cuando le pegaba la madre, el padre promovia un escándalo; así es, que la niña hacia siempre su santa voluntad. Casi siempre estaba en la herrería de enfrente meciéndose en las lanzas y varales de los carros, ò jugando al escondite con una caterva de granujillas de su misma edad, à lo mejor iba á casa despeinada y llena de tizne. Lantier era el único que podia reñirle, y aun sabia la muchachuela hacerle la mamola. Aquella bribonzuela de diez años, paseaba como una señora delante de él, cantoneándose y guiñàndole los ojos, en los que ya empezaban á despuntar los albores del vicio. El sombrerero acabó por encargarse de su educacion enseñándola á bailar y hablar patois.

Pasó un año de esta suerte. En la calle todo el mundo creia que Lantier tenia rentas, porque era la ùnica manera de explicar el tren de los Coupeau. Verdad es que Gervasia seguia ganando dinero, pero tenia que mantener á dos hombres que no hacian nada, y ademas la tienda iba viniendo á ménos, pues los parroquianos iban faltando.

Lo cierto del caso, es que Lantier no pagaba un cuarto por el alquiler de su habitacion y manutencion. Los primeros meses diò algunas cantidades á cuenta, pero luego se contentò con decir, que dentro de breve tiempo iba á cobrar una fuerte cantidad, y entónces saldaria el importe de su cuenta. Gervasia no se atrevia á pedirle un céntimo; tomaba el pan, el vino y la carne fiados, lo cual importaba tres ó cuatro francos al dia. No habia dado un maravedí, ni al que le vendió los muebles ni al pintor, albañil y carpintero que llevaron à cabo la reforma. Todo el mundo empezaba á quejarse y ya la guardaban ménos miramientos en las tiendas donde se surtia. Pero el vértigo de las deudas la cegaba, se aturdia y escogia lo mas caro, abandonàndose más á las golosinas y á la glotonería por lo mismo que no pagaba; sin embargo, en el fondo seguia siendo buena y honrada, soñando siempre con ganar centenares de francos para pagar à todos sus acreedores. En fin, á medida que se hundia más y más, pensaba dar mayor amplitud á su negocio. Sin embargo, hácia la mitad del verano, se marchó Clemencia, porque no habia bastante trabajo y porque no le habian pagado dos semanas seguidas.